

## CIUDADES ESPAÑOLAS.



AVILA.

**E**sta ciudad, conocida en la antigüedad con el nombre de *Abula* y el de *Obila* en las tablas de Ptolomeo, es una de las mas célebres de España, no solo por la provincia á la cual aun en tiempos antiguos daba su nombre, sino tambien por su importancia en muchos sucesos vulgares de nuestra historia. Está situada á 18 leguas de Madrid á las inmediaciones de los arroyos Adaja y Grajal, y sobre una llanura bastante elevada, de donde quizá le vino el nombre de *Abyla*, que en lengua púnica dicen que significa *monte alto*, de donde viene tambien la etimología de una de las columnas de Hércules.

Una de las cosas que mas llaman en ella la atención de los arqueólogos, y que fué causa de que se la creyese de origen cartaginés, son unas piedras enormes que representan toros ó elefantes, y se cree eran monumentos levantados por aquellos conquistadores; hallanse muchos por tierra de Segovia y Salamanca, y entre ellos son célebres los de Guisando. Pero en ninguna parte abundan tanto como en Avila, donde se cuentan hasta 22. A pesar de todas estas conjeturas de antigüedad, la ciudad de Avila no principia á figurar en la historia hasta la

Año VII

época de la propagación de la fé en España, durante la cual vemos á S. Segundo fijar allí su residencia y sede episcopal, á la cual dió en el siglo IV una celebridad funesta el hereje *Prisciliano*.

Permaneció Avila bajo el cantiverio de los moros hasta el reinado de D. Alfonso el Católico que la reconquistó. Pero como su posición topográfica hacia que fuese como un paiénque en medio de los dos campos enemigos, tuvo que sufrir todas las alternativas de la guerra, viéndose á cada paso perdida y reconquistada, segun el valor de los condes castellanos, ó de los caudillos moros que mandaban los ejércitos. Sería demasiado molesto seguir paso á paso la historia de sus vicisitudes, hasta que en 985 la mandó arrasar el terrible Almanzor. En tal estado permaneció hasta que D. Alfonso el VI encargó al conde Don Ramon de Provenza, el año 1083, que la poblase, como lo hizo. La construcción de sus murallas duró 9 años, y quedaron tan sólidas, que en aquella época pasaban por las mejores y mas fuertes de España. Cuando el conde Don Ramon pasó á ser yerno de dicho rey, por su casamiento con la célebre Doña Urraca, se armó caballero

13 de noviembre de 1842.



en la parroquia de Santiago de aquella ciudad, donde se hicieron las bodas con grande aparato. Desde aquella época vemos á esta ciudad principiar á desempeñar un papel brillante en medio de las guerras y alteraciones de Castilla, si bien á veces sus glorias van mezcladas con algunas fábulas que deben descartarse, tal como la custodia del niño rey D. Alonso Ramon, hijo del dicho conde D. Ramon, del cual consta que fué criado y proclamado en Galicia; lo de su manifestacion sobre el cimborio de la catedral á petición de su padrastro, y lo de los 60 caballeros de Avila fritos en aceite con este motivo por el rey D. Alonso el Batallador, conseja que el padre Mariana no quiso referir, y que el P. Abarca refutó copiosamente en la vida de aquel gran rey, aunque ella está desautorizada por sí misma. Quizá dió lugar á estas ficciones la verdadera historia de la guarda del otro rey niño llamado tambien D. Alonso, octavo de este nombre, el cual para librarle de manos de su tío el rey D. Fernando de Leon, fué llevado por los Laras y guardado en Avila: allí, dice Mariana, con grande lealtad los ciudadanos le defendieron hasta el año onceño de su edad. «Por este hecho los de Avila se comenzaron á llamar vulgarmente *los fieles*.» Y mas adelante dice que cuando el rey llegó á la edad de once años, salió á recorrer el reino y tomar su administración el año 1161, segun el cómputo de Mariana, y que en esta expedición le acompañaron algunos grandes, y una compañía de 150 caballos que le dieron los de Avila para su guardia.

Más notable es la célebre y ruidosa ceremonia de la degradación del rey Enrique IV, ejecutada en Avila el miércoles 5 de junio de 1465, que tan vulgar es en nuestras historias. Apoderados los grandes de la liga del alcázar de Avila, cuyas llaves había entregado el imbécil monarca al bullicioso arzobispo de Toledo D. Alonso Carrillo, determinaron proclamar por rey al hermano menor el príncipe D. Alonso. Para ello colocaron un tablado en la dehesa de Avila, y sobre él pusieron una elicie del rey con todas sus insignias, y despues de leer su proceso á voz de pregonero, le fueron despojando por partes del cetro, la espada y la corona, y en seguida D. Diego Lopez de Zúñiga, hermano del conde de Plasencia, le arrojó del trono y tablado á puntapiés.

Tres años despues, muerto ya el príncipe D. Alonso, y calmadas algun tanto las discordias civiles, fué elegida por infanta y sucesora del reino la célebre Doña Isabel, hermana del rey, y como tal se la juró en Avila con grande aparato el día 19 de setiembre de 1468.

Por aquel tiempo se construyeron tambien muchos de los ornatos de su catedral, que es una de las cosas mas notables de Avila: su antigüedad se remonta hasta el siglo X, y se atribuye al conde Fernán González, el cual, en memoria de la batalla de Simancas, mandó que se edificase en Avila un templo, que fuese cabeza de los demás, y que llevase el nombre del Salvador del mundo, y sirviese de silla episcopal. Pero antes de que se concluyese volvió á poder de moros, y padeció mucho la fabrica durante su dominacion. Concluida esta fué reedificada y ampliada por su obispo D. Pedro Sanchez Zurraguinez, que lo era por los años 1090, y fué concluida bajo la dirección del maestro Alvar García, natural de Estella.

Su fabrica es de piedra caliza jaspeada y herroqueada, y toda del gusto gótico mas puro: la nave de enmedio tiene 400 pies geométricos de longitud, y tanto su altura como las de las naves laterales y crucero, guardan las mas exactas proporciones, y forman un magestuoso conjunto. El ventanaje está perfectamente construido y adornado con labores grotescas de gusto muy de-

licado, sin impedir con sus follajes que entren las luces necesarias para dar realce á su grandiosidad. No tiene mas que una torre, la cual es cuadrada y de piedra herroqueada: la otra no se levantó mas que hasta la altura de la cornisa.

Por lo que hace á su adorno interior, no deja de tener algunos que merecen atencion. El altar mayor contiene varias pinturas que representan pasajes del Evangelio, y en el lugar preeminente se vé la Trasfiguracion del Señor y las elicies de S. Pedro, S. Pablo y los cuatro doctores de la iglesia, obra de Pedro Berruguete. Tanto la capilla mayor como el coro, están cerrados con rejas de bronce. La sillería de este último merece mirarse con atencion, y está adornada de muchas figuras caprichosas de santos y otras mil labores; es obra de Cornielis, y se hizo desde el año 1536 al 47, habiendo ascendido su coste á 33,619 rs., segun consta en los acuerdos del cabildo.

Los dos altares colaterales son de alabastro, y hechos con bastante gusto. El de la Epístola representa á San Segundo vestido de pontifical en actitud de echar su bendición al pueblo; en lo restante del altar se ven varios asuntos alusivos á la historia de la propagación del Evangelio en España, hechos en relieve. El otro está dedicado á Santa Catalina, y los relieves son alusivos á su martirio. Tambien hay muy buenos relieves y figuras de yeso muy bien ejecutadas en el trascoro, y representan varios pasajes de la sagrada Escritura. En él está tambien el sepulcro del célebre Tostado, del cual hablaremos en su biografía que daremos en el próximo número del SEMANARIO.

Otras muchas cosas notables hay en esta iglesia, entre las cuales no es la que menos consideracion merece su magnífica y primorosa custodia de plata, en alabanza de la cual basta decir que es obra del célebre Juan de Arfe.

Uno de los edificios mas notables de Avila, despues de la Catedral, es la parroquia de S. Vicente (1), que llama la atencion no solo por sus elegantes formas, sino tambien por el extraordinario origen que por una tradicion antigua se concede á su fundacion (2), y es la siguiente:

Habia en Eborá, durante la persecucion de Diocleciano, un gallardo jóven llamado Vicente, el cual se presentó al juez Daciano haciéndole confesion de su fé. Despues de varios portentos hallábase en la cárcel en visperas de sufrir el martirio, cuando se le presentaron dos hermanas doncellas que tenia, llamadas Sabina y Criseta, y lograron con su llanto y sus balagos persuadirle á que huyese con ellas, segun una traza que habian dado y que al fin adoptó. Pero habiéndolos alcanzado en Avila los sacaron fuera de la puerta que llaman de San Vicente, y poniendo sus cabezas sobre unas piedras se las machacaron á palos. Habia en aquellas inmediaciones una enorme culebra que tenía aterradas aquellas inmediaciones, pues acometia no solamente los ganados sino tambien á los hombres. Presentóse este monstruo en defensa de los cadáveres que habian quedado insepultos en el sitio del suplicio.

Habiendo llegado allí un judío rico de la ciudad, ó bien por curiosidad ó por burlarse de los mártires, vióse de repente acometido por el enorme reptil, y cual otro Laoconte, estrechado por él con horribles lazos, y su terrible boca abierta, por la cual asomaba su lengua á manera de un horrible harpon arrimado á su cara: duró el suplicio cerca de una hora. Consternado el judío

(1) Véase el grabado al fin de este número.

(2) Florez, España Sagrada, tomo 14, cap. 4, pág. 324



con este suceso, ofreció al Dios de los mártires abrazar su fé, darles sepultura allí mismo, y levantarles un templo, y al punto la culebra deshizo sus lazos, y se metió en una gruta inmediata, sin que jamás se la volviera á ver. Cumplió el judío todos sus votos; y poco tiempo después, cuando Constantino dió la paz á la iglesia, levantó allí un templo con la advocación de S. Vicente, que es el mas antiguo de Avila. Como pruebas de la tradicion se enseñaban en el templo mismo el sepulcro del judío y un rastro que dejó la culebra al retirarse á su gruta, el cual está en una capilla que hay debajo del presbiterio, conocida con el nombre de *la soterraña*, en la cual hay una efigie antiquísima de la vírgen, que se cree estaba en el templo primitivo que edificó el judío.

La reedificación del templo se debe á S. Fernando, que adjudicó para ello los diezmos del campo de Arañuelo y Santiago de la Puebla, que acababa de ganar, pero no se concluyó hasta el reinado de su hijo D. Alfonso el sabio. La fabrica es sólida y magestuosa, y de muy buen gusto, aunque por desgracia el interior ha sido afeado por los altares dorados que se substituyeron á los antiguos, y otras invasiones del gusto churrigueresco. Hay en esta iglesia una capilla que llaman de los *catecúmenos*, que servia, segun documentos que se conservan, para instruir en los dogmas de la fé á los que iban á ser bautizados, con cuyo objeto se reunían en aquel recinto.

La parroquia de S. Pedro es tambien antiquísima, y su fabrica de orden gótico y muy sólida, á pesar de su gran mole, que es toda de piedras sillares jaspeadas. Aumentóse esta iglesia á principios del siglo XVI á espensas del obispo D. Francisco Ruiz, y los brazos que se añadieron entonces con mucha valentia, son mejores que el cuerpo de la iglesia. En esta parroquia celebró el P. Torquemada uno de los primeros autos de la inquisicion.

La de S. Juan es notable por los muchos sepulcros de personas ilustres que se enterraron en ella, como igualmente en la de Santiago: esta última tiene una torre bastante elevada y de figura octógona, y es toda de silleria, como tambien la iglesia.

Entre los varios conventos de Avila el que mas llamaba la atención era el de Dominicos, bajo la advocación de Santo Tomás, el cual servia tambien de Universidad. Principióse esta fabrica en el mes de abril del año 1532, y se concluyó once años después, debiéndose á los Reyes Católicos, que adjudicaron para ella todos los bienes de los judíos y hereges, que huían por temor de la inquisicion; y á propuesta del P. Torquemada, prior entonces de Segovia, en cuyas manos habían dejado aquellos bienes para que dispusiera de ellos. Es convento sumamente espacioso y de los mejores que tenia aquella orden, y en gran parte de piedra jaspeada y de granito, pero tan bien sentada que apenas se distinguen las hileras. La figura de la iglesia es de cruz latina y orden gótico: el altar mayor sobre un arco, que tiene su arranque en las columnas del crucero, y se eleva unos 28 pies, sobre él estaban el presbiterio y el retablo con algunas buenas pinturas; el coro era capaz de 120 frailes, y estaba adornado con una primorosa silleria.

En medio de la cúpula está el sepulcro del príncipe Don Juan, hijo de los Reyes Católicos (1), que murió en Salamanca el año 1497 á la edad de 19 años, y de su orden fué trasladado á esta iglesia. Este sepulcro, que es todo de finísimo alabastro, se trabajó en Italia de orden de su esposa la princesa Doña Margarita de Austria: la inscripción del sepulcro está en latín, y la trazó D. Luis Pacheco en sus apuntes al folio 20. No lejos del en la capilla de San Luis Beltran se vé otro sepulcro levantado del suelo

con dos figuras de tamaño natural y echadas, que representan á D. Juan Dávila y Doña Juana Velazquez, su mujer, criados del dicho príncipe. Tambien se vé en aquella iglesia el sepulcro del dicho primer inquisidor, el célebre Fr. Tomás de Torquemada, y otras varias personas notables de Avila se han complacido en dotar y enriquecer algunas capillas de aquella iglesia, digna por muchas razones de atencion, y de ser conservada por las preciosidades que encierra, y los recuerdos históricos que escita.

Tenia ademas la ciudad de Avila otros varios conventos, entre los cuales eran notables el de Ntra. Sra. de la Antigua, que en su primitiva fundacion se llamó de la paz. El de Santi Spiritus del orden Premostratense fundado por el noble Nuño Mateos en 1209. El de franciscanos, y el de carmelitas descalzos, en el que está el sitio en que nació santa Teresa de Jesus convertido en capilla. Entre los de monjas el mas antiguo es el de Santa Ana de monjas Bernardas, fundado por D. Sancho Dávila en 1350, y ademas están el de Dominicas de santa Catalina de Sena, el de santa Teresa y el de carmelitas calzadas, donde vivió la santa antes de principiar su reforma.

Antiguamente Avila contenia gran cantidad de nobles, y por esta razon se denominó *Avila de los Caballeros*. Entre ellos merece especial mencion la familia de los Dávilas, oriundos de esta ciudad, como su nombre indica, y de la cual han salido muchos varones ilustres, en especial los famosos Gil Gonzalez Dávila, Sancho Dávila, el obispo de Segovia D. Juan Arias Dávila, escritor de la historia del rey D. Enrique IV, que existia manuscrita en la biblioteca del colegio mayor de S. Bartolomé de Salamanca, y D. Juan Vela y Acuña, autor de algunos tratados de jurisprudencia.

Tambien la hacian notable varios privilegios, y entre ellos el del pote general de granos que sirve de medida general en Castilla, y se llama comunmente *el marco de Avila*.

Por lo que hace al aspecto de esta ciudad es muy diferente por fuera que por dentro: el interior es bastante oscuro, no solamente por la mala alineacion de las calles, defecto de que adolecen nuestras ciudades antiguas, sino tambien por la piedra negruzca de que están contruidos la mayor parte, y que les dá un aspecto triste á pesar de la magnificencia de algunos de ellos. Por el contrario, á la parte exterior ofrece una vista bastante agradable y pintoresca con sus murallas adornadas de 88 cubos ó torres, el alcázar real, que tenia una buena dotacion de artilleria en el siglo XVI, en que le visitó varias veces el emperador Carlos V, y el cimborio de la catedral, que servia tambien de fortaleza, y sus llaves las tenia el alcaide del alcázar.

Tal es en el día la ciudad de Avila, que á manera de otras muchas de España, se complace mas con las glorias pasadas, que con su estado presente.

V. DE LA F.

1) Semanario Pintoresco de este año, pág. 155.



## Rápida ojeada

SOBRE

## LA HISTORIA DEL TEATRO ESPAÑOL.

## ORIGEN Y PRIMERA ÉPOCA.

**D**ESPUES que las guerras con los moros iban siendo menos frecuentes, á medida que los españoles reconquistaban su patria, empezaron á regularizar sus diversiones, que hasta entonces tenian todo el carácter de rústicas y feroces. Era, pues, en el siglo XIII, y por el reinado de S. Fernando cuando sucedia esta feliz innovacion; pero como todavía el valor se tenia por la única prenda recomendable, porque la política exigía que se entretuviese el prestigio de esta cualidad, por las guerras que aun debian de sostenerse hasta la total victoria sobre los invasores, de ahí fué que las diversiones públicas aunque grandes, regularizadas ya y magníficas, guardaron relacion con las ideas de aquella época, y se vió en los torneos, cañas, toros, y demas funciones de aquellos siglos, en union la destreza y el valor con la galantería mas fina.

Entre las varias circunstancias que concurrían á realzar estos espectáculos hasta un punto de esplendor de que no conservamos mas que una idea imperfecta, era una la poesía con la que los trovadores solían celebrarlas, dando un tono heroico á aquellas brillantes asambleas. Y mientras que ellas continuaban aun siendo el encanto de la mayor parte de España, la corte de Aragon fué la primera que vió las *farsas* ó *entremeses*, que aunque informes, como todas las cosas en su principio, dieron alguna idea de la comedia.—Ya en el siglo XV nos señala la historia una representacion dramática, verificada en Zaragoza en la proclamacion del infante de Castilla D. Fernando el Honesto, cuya composicion fué del célebre *marqués de Villena*, que es el primer autor dramático español de que hay noticia. Es de creer que no sería esta la sola composicion suya de este género, pero se sabe que fueron quemadas sus obras, tal vez merecedoras de los lamentos que Juan de Mena las tributó (1).

A fines del siglo XV floreció *Juan de la Encina*, natural de Salamanca, el cual compuso unas *églogas* que aunque llamadas así, pueden graduarse de dramas por su carácter, y porque fueron representadas por histriones, una de ellas en la boda de los Reyes Católicos, y otras varias ante D. Fadrique de Toledo y su esposa, duques de Alba y el príncipe D. Juan. En estas composiciones se advierten algunas bellezas en medio del poco gusto que las caracteriza. Los versos son de doce sílabas, llamados entonces de arte mayor, que era el metro favorito, y apenas se encontrarán muy pocos tan tolerables como estos.

(1) Otra, y aun otra vezada yo lloro  
por qué Castilla perdió tal tesoro  
no conocido delante de gente.

Perdió los tus libros sin ser conocidos  
y como en exequias te fueron ya luego  
unos metidos al ávido fuego  
y otros sin orden no bien repartidos.

Cierto, en Atenas los libros fingidos  
que de Protágoras se reprobaron,  
con cerimonia mayor se quemaron  
cuando al senado le fueron leídos.

(Cancionero.)

«Con falsa esperanza me muestran el puerto  
»Dó pienso valerme; mas luego al entrar,  
»Fortuna me arroja tau dentro en el mar  
»Que pierde el piloto de todo el concierto.»

*Bartolomé de Torres Naharro*, otro de los primeros inventores de nuestro teatro, fué natural de Torres en Estremadura, fué sacerdote y estuvo en Italia donde publicó en 1517, bajo la proteccion de Leon X, sus ocho comedias bajo el título comun de *Propaladia*. Estas comedias nombradas *La Serafina*, *la Trofea*, *la Soldadesca*, *la Tinellaria*, *la Himenea*, *la Jacinta*, *la Calamita*, y *la Aquilana*, aunque monstruosas, fueron representadas en Nápoles, adonde las guerras llevaban multitud de españoles: el verso y lenguaje son ya correspondientes al género cómico, y se conocen los progresos que habia hecho el habla. Naharro dividió en actos las comedias: la *Himenea* es la mejor de este autor.

Tales fueron los principios de nuestro teatro, y los primeros autores que dieron la idea de él. El aparato era correspondiente al mérito de los dramas, y en este punto, si hemos de creer á Cervantes, no adelantó hasta el famoso *LOPE DE RUEDA*, que segun él mismo dice, «*Sacó á la comedia de mantillas, la puso en todo y la vistió de gala y apariencia.*» Por tanto puede tomarse á Rueda como el verdadero fundador de nuestro teatro.

Nació *Lope de Rueda* en Sevilla, y primero fué batioja ó tirador de oro; pero su afición á la literatura le hizo abandonar este oficio por el de actor y autor á un tiempo de comedias; compuso cuatro, todas en prosa, á saber: *la Eufemia*, *la Armelina*, *Los engañados* y *la Medora*, y en ellas se echa de ver su talento para crear caracteres y una accion interesante. Estas cualidades como compositor, y su mucha habilidad para representar, le adquirieron en su tiempo tal reputacion, que el célebre Antonio Perez le llama «*el embeleso de la corte de Felipe segundo*,» y no se puede negar que transmitiéndonos á la época en que vivió, debía estar dotado de un genio creador y conocimientos estensos, faltándole solo haber nacido en otro siglo para haber escrito con mas acierto; apesar de esto, fué el fundador de nuestra comedia, porque introdujo el gusto á esta diversion, y abrió así el camino que otros siguieron con mas inteligencia.

Varios fueron los que escribieron despues, aunque de todos ellos se conservan apenas los nombres. *Francisco de Avendaño*, criado del marqués de Villena, de quien solo se conserva la *Florisea* dividida en tres jornadas.

«Que aquel que de ella es autor

»buscó este nuevo primor.»

y ahí vemos que no fué Cervantes, como él se gloria de ello, el inventor de esta inovacion, que despues se ha conservado hasta nuestros dias. *Juan Rodrigo Alonso*, alias *Pedraza*, que escribió la comedia de *Santa Susana*, la primera de Santos que hay en nuestros teatros; *Juan Pastor*, *Joaquin Romero de Cepeda*, *Vasco Diaz Tanco* del Fregenal, autor de tres tragedias tituladas *Amon*, *Ab-salon*, y *Saul y Jonatás en los montes de Gelboé*; *Cristobal de Castillejo*, *Fernan Perez de Oliva* que tradujo algunas piezas del teatro griego, *Francisco de las Navas*, *Feliciano de Silva*, autor de *La Segunda Celestina*; *Vicente Gil* y su hija, *Juan de Timoneda* y otros varios que en poco ó nada adelantaron el arte; *Cristobal Virües* que escribió varias tragedias, y *Juan de la Cueva* que compuso un *Arte de hacer comedias* por el que se conoce que sabia las reglas clásicas ó griegas. Finalmente podemos colocar en esta época á *Miguel de Cervantes* que escribió muchas comedias, en las que de ninguna manera se conoce al autor del inmortal Quijote, pues



fueron tan malas que hay quien asegura que las compuso tan disparatadas con el objeto de criticar las que entonces se usaban; pero muchas razones prueban que lo hizo así porque no supo mas, ó porque tal vez le tuviese cuenta acomodarse al gusto del siglo.

Pero nada nos puede dar una idea mas exacta del estado de nuestro teatro en aquel tiempo, que lo que dice Agustín de Rojas en su *Viaje Entretenido*, cuando en la octava Loa trata históricamente este punto.

«Y porque yo no pretendo tratar de gente extranjera, si de nuestros españoles, digo que Lope de Rueda gracioso representante,

Y en su tiempo gran poeta, empezó á poner la farsa en buen uso y orden buena: porque la repartió en actos, haciendo introito en ella, que agora llamamos loa; y declaraban lo que eran, las marañas, los amores, y entre los pasos de veras mezclados otros de risa, que porque iban entre medias de la farsa, los llamaron entremeses de comedia; y todo aquesto iba en prosa mas graciosa que discreta.

Tanían una guitarra, y esta nunca salía afuera sino adentro, y en los blancos, muy mal templada y sin cuerdas;

Bailaba á la postre el bobo, y sacaba tanta lengua todo el vulgacho, embobado de ver cosa como aquella.

Después como los ingenios se adelgazaron, empiezan á dejar aqueste uso, reduciendo los poetas la mal ordenada prosa en pastoriles endechas;

Hacían farsas de pastores de seis jornadas compuestas sin mas hato que un pellico, un laud, una bihueta, una barba de zamarro, sin mas oro, ni mas seda.

Y en efecto, poco á poco barbas y pellicos dejan, y empiezan á introducir amores en las comedias; en las cuales ya había dama, y un padre que á aquesta ecla; había galán desdenado y otro que querido era; un viejo que reprendía, un bobo que los accecha, un vecino que los casa, y otro que ordena las fiestas.

Ya había saco de padre, había barba, y cabellera, un vestido de mujer (porque entonces no lo eran sino niños); después de esto se usaron otras sin estas de moros y de cristianos con ropas y tuniquetas;

Estas empezó Berrio; luego los demas poetas metieron figuras graves, como son reyes y reinas.

Fué el autor primero de esto el noble Juan de la Cueva: hizo del padre tirano como sabeis, dos comedias:

Sus tratos de Argel, Cervantes, hizo el comendador Vega

sus Lauras; y el bello Adonis, Don Francisco de la Cueva.

Loyola, aquella de Andalla, que todas fueron muy buenas; y ya en este tiempo usaban cantar romances y letras; y estas cantaban dos ciegos naturales de sus tierras.

Hacían cuatro jornadas, tres entremeses en ellas, y al fin con un bailecito iba la gente contenta.

Pasó este tiempo, vino otro, subieron á mas Alteza, las cosas ya iban mejor;

Hizo entonces Artieda sus encantos de Merlin, y Lupercio sus tragedias;

Virués hizo su Semiramis, valerosa en paz y en guerra; Morales su Conde loco, y otras muchas sin aquestas.

Hacían versos hinchados, ya usaban sayos de tela, de raso y de terciopelo, y algunas medias de seda.

Ya se hacían tres jornadas, y hacían retos en ellas, cantaban á dos y á tres, y representaban hembras.

Llegó el tiempo que se usaron las comedias de apariencia, de santos y de tramoyas, y entre estas farsas de guerra.

Hizo Pedro Díaz entonces la del Rosario, y fué buena; San Antonio, Alonso Díaz;

y al fin no quedó poeta en Sevilla que no hiciese de algun santo su comedia; cantábase á tres y á cuatro; eran las mujeres bellas; vestíanse en hábitos de hombre, y bizarras y compuestas, á representar salían con cadenas de oro y perlas.

Sacábanse ya caballos á los teatros, grandezza nunca vista hasta este tiempo, que no fué la menor de ellas.

En efecto, este pasó; llegó el nuestro, que pudiera llamarse el tiempo dorado, segun el punto en que llegan comedias, representantes,

trazas, conceptos, sentencias, invenciones, novedades, músicas, entremeses, letras, graciosidad, bailes, máscaras, vestidos, galas, riquezas, torneos, justas, sirtijas, y al fin cosas tan diversas, que en punto las vemos hoy que parece cosa increíble, que digan mas de lo dicho los que han sido, son y sean.

(Se continuará.)

## BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

**DON FRANCISCO BAYEU Y SUBIAS.**

Una de las mas ricas joyas que ha poseído nuestra España en el siglo pasado, dándola gran lustre y nombradía,



fué sin duda alguna el célebre pintor D. Francisco Bayeu y Subiás, el cual uniendo á la frescura y amenidad de su imaginacion, la mas perfecta correccion en el dibujo, grandiosos conocimientos en el arte, suma sencillez en las actitudes, buen orden en la composicion, en el contraste de los grupos, en el claro-oscuro, y en el colorido y su acorde, bien que en su última época fué tuvo en esta parte, llegó sin embargo de tan ligeros lunares á un grado de perfeccion, tal que sin haber salido de su patria dió honor á la pintura española del siglo XVIII, legando su buen nombre á la posteridad, sirviendo de estímulo á nuestros artistas.

Nació Bayeu en Zaragoza el día 9 de marzo de 1754; fueron sus padres D. Ramon Bayeu, natural de Vielsa en Aragon, y Doña Maria Subiás, que lo fué de Zaragoza, los que educaron á su hijo segun la ilustre clase á que pertenecian, enseñándole latinidad y filosofia, pero conociendo su grande inclinacion á la pintura desde su primera juventud, decidieron que la estudiara y aprendiese á los 15 años de edad en la escuela del maestro Lujan, profesor de crédito de dicha ciudad, el cual habia estudiado en Nápoles con Mastroles, y sido condiscípulo de Solimena.

Poco tardó Bayeu en dar á conocer á su hábil maestro de cuan grandes disposiciones le habia dotado el cielo, de las esperanzas que de él pudiera concebir, y hasta donde podría llegar á ser en el arte que tan noblemente habia abrazado. Asi, pues, viendo los grandes medios de que estaba dotado el discípulo, lo dejó libremente caminar por el sendero que mejor á su inteligencia y fogosidad pareciera, sin permitirle nunca que prescindiendo de las reglas generales se separase un ápice de ellas, ni de la correccion en el dibujo. Siguiendo tan buen sistema, y habiendo adelantado bastante, se creyó capaz de aspirar á un premio extraordinario, que la academia de nobles artes de San Fernando ofrecia á todos los artistas del reino, aunque sin necesidad de concurrir á presentar sus obras, adjudicando dicho premio al que mejor en una lámina de cobre desempeñase la tiranía de Gerion; Bayeu remitió la suya á poder de D. Juan de Mena, escultor, para que si la consideraba digna la presentase en el concurso; mas habiendo pasado algunos dias despues de su remision en casa de dicho escultor, y fuesen muchos opositores á verla, el resultado fué que desesperanzados de poder obtener el triunfo, ninguno quiso presentar su obra, y solo estuvo la de Bayeu. La academia, desocosa de premiarle conociendo por su obra sus felices disposiciones, y queriendo proporcionar á España un artista eminente, le concedió una dotacion competente para seguir sus estudios en Madrid. Vino con este motivo á la corte bajo la direccion de D. Antonio Gonzalez Velazquez, donde hizo rápidos progresos, hasta que por desgracia perdió á sus amados padres, y el cuidado de sus hermanos le hizo tornar de nuevo al sitio que habia tenido la gloria de verlo nacer.

No pasó largo tiempo en el sin que le hiciera volver muy en breve un despacho de S. M., mandándole se ocupara en las obras del palacio real, pues habiendo visto Don Antonio Mengs, primer pintor del rey, algunos cuadros suyos, excitó el ánimo del monarca para que le librase dicho despacho. Con los sabios preceptos de tan buen Mecenas mucho adelantó Bayeu, tanto que parecia increíble, tomando nuevo rumbo en la composicion, y formas grandiosas en el dibujo; de manera que la academia tuvo necesidad de cobijarle en su seno nombrándole académico de mérito en 1765, y proponiéndole para teniente director, sin pretenderlo. Desempeñó este empleo con grande asiduidad y continua asistencia de la enseñanza de sus discípulos, asi en este establecimiento como en su casa. S. M. le señaló particularmente, haciéndole su pintor de cámara,

y en 1788 le nombró director de la academia. Apesar de un poco de aspereza en su carácter, sus jóvenes discípulos encontraban en él siempre proteccion y deseos de enseñarles, habiendo todos compensado su celo, teson y empeño en el adelantamiento de los mismos. Por último, fué nombrado director general á principios del año 1795, disfrutando este nuevo destino hasta el 4 de agosto del mismo año, en que la muerte le arrebató los preciosos dias que habia consagrado á su patria, para mayor gloria suya y de la misma. Fué enterrado en la parroquia de S. Juan.

No hemos querido ir apuntando, segun íbamos recorriendo los diversos pasajes de su vida, el sitio y época en que habia ejecutado sus principales obras, reservándonos siempre el aplazar para el último, como lo hacemos, tanto por no saber determinadamente cuales fuesen, como por no cortar el hilo de la narracion comenzada, interrumpiéndola á cada instante, sirviendo esto de gran molestia á nuestros lectores.

Ahora, pues, nos detendremos un poco haciendo una breve reseña de sus obras mas conocidas, siguiendo de algun modo las noticias que de ellas tenemos.

En el palacio real de Madrid pintó varias bóvedas al fresco, representando la conquista de Granada por los reyes Católicos en una; en otra la caída de los gigantes con cuatro medallas de claro-oscuro á los lados y algunas mas. Pintó tambien al óleo un cuadro para el oratorio particular de S. M., cuyo asunto era un Señor difunto. Otros dos oratorios portátiles para los reyes, representando en cinco láminas de cobre varios santos de la devocion de los mismos; obra muy delicada y entretenida; y ademas otros tres para el infante D. Gabriel, su esposa y la infanta Doña Maria Josefa. En la anticámara del cuarto que fué del infante D. Luis pintó una composicion de figuras alegóricas, que representaban la religion y otras virtudes, y un Apolo protejiendo las artes en la librería del rey. En el convento de la Encarnacion pintó el fresco que está sobre el altar mayor; y en S. Francisco el cuadro de la Porciúncula que está en el retablo mayor. Así mismo pintó al óleo dos lindísimas vistas de Madrid, en las que se encuentra retratado de espaldas por sí mismo en el sitio de donde tomó el punto de vista, las cuales existen con un retrato suyo, pintado tambien por él, en la casa del Excmo. Sr. Duque de Noblejas actual, siendo de las primeras obras en el arte y de las mejores de Bayeu, sobresaliendo en ellas las principales dotes de tan buen pintor. En la Colegiata de S. Ildefonso pintó al fresco la cúpula repartida en ocho compartimientos. Ademas se deben tambien á su rico pincel los frescos de tres bóvedas en el palacio del Pardo; en el de Aranjuez la cúpula y bóvedas de la capilla, representando varios asuntos relativos á la Encarnacion del hijo de Dios, y una gloria con el Padre Eterno. Las bóvedas y paredes hasta el friso del oratorio del rey, que consta de dos piezas figurando en la primera al Padre Eterno en un solio agrupado con ángeles, serafines y varias alusiones á Maria Santísima; en un lado de la pared el nacimiento del señor S. Lucas, y un grupo de ángeles en la sobrepuerta con un texto de la Sagrada Escritura; en el otro la adoracion de los reyes y S. Mateo con igual grupo de ángeles en la sobrepuerta. A los costados de la ventana la visitacion á santa Isabel y la huida á Egipto. Pintando en la segunda pieza de mas adentro, donde está el altar, S. Juan Evangelista, Salomon y una gloria con muchos ángeles que tienen atributos de la virgen. En el mismo palacio pintó tambien al fresco las bóvedas del oratorio de la reina, y un cuadro al óleo de Nuestra Señora del tamaño del natural. En las catedrales de Toledo y del Pilar de Zaragoza,



hay asimismo muchas y buenas pinturas suyas al fresco, en los claustros de la primera diversos pasajes de la vida de S. Eugenio, obra en la que prueba más evidentemente su famoso dicho «de que con su pincel mejor conquistaría al mundo que con la espada»; y en la segunda en cuatro platillos ó partes de bóveda la coronación de Ntra. Sra. con las figuras alegóricas, santos, ángeles, y atributos correspondientes á los títulos de Regina Apostolorum, Regina Martirum, Regina Santorum Omnium. Tiene también asimismo bastantes cuadros pintados al óleo, existiendo muchos de ellos en Zaragoza en diferentes iglesias, para quienes fueron pintados, y en otros lugares; siendo demasiado prolijo irlos enumerando, pues habiendo hecho relación de sus obras más principales, aunque distan muy poco las unas de las otras en cuanto á su mérito artístico, hemos creído fuera lo bastante.

Solo nos resta que hacer, para dar fin á nuestra tarea, un ligerísimo análisis, no del todo ageno de propósito á fuer de tener gran parte en el asunto principal, no solo por ser obra suya, como por correr por sus venas la misma sangre, de su hermano D. Ramon, el que vino á Madrid en el segundo viaje que hizo D. Francisco para establecerse, fué su discípulo; con tan buen maestro, grande aplicación y continua asistencia á la academia de S. Fernando, formaron de él un pintor correcto. Obtuvo un premio de la academia, ayudó á su hermano cuando pintó los frescos de la catedral del pilar, y siendo pintor del rey falleció en Aranjuez el día 1.º de marzo de 1793, y yaciendo sepultado en el convento de S. Francisco de Ocaña. Grabó varias láminas por pensamientos suyos, y lienzos de su hermano, pintando finalmente el cuadro que está en el altar mayor de la capilla real de palacio, que copió de Jordan. Una muestra de aprecio y de gratitud por el distinguido artista D. Francisco Bayeu y Subiás, á la par de vanidad por las glorias de una nación tan combatida siempre por contrarios elementos, nos ha impulsado á tomar una pluma asaz novel y mal cortada; pero que compensa su atrevido delirio con el más patriótico deseo. F. DE A.

## ENTRADA DE TARIF EN ESPAÑA.

### ROMANCE.

**A**NDE la real Toledo  
En diversiones festivas,  
Sin advertir que ya toca  
Del precipicio á la orilla.  
Por las plazas y las calles  
En juegos y alegre trisca,  
El pueblo todo engolfado  
Su rudo afanar olvida;  
Y en mil justas y torneos  
La destreza y gallardía  
Airosamente campean  
De la nobleza aguerrida.  
Llenos de sudor y polvo  
Los alazanes publican  
De los bravos caballeros  
La pujante bazarria.  
En los brillantes escudos,  
Que el rayo del sol duplican,  
Del amor y la esperanza  
Se ven ingeniosas cifras.  
La lid están contemplando  
Las godas embebecidas,  
Haciendo ufanas alarde  
De sus gracias peregrinas.  
La noche cobija al mundo  
Con sus tinieblas umbrías,  
Y las lumbradas remedan  
El brillo del claro día.  
En el nocturno silencio

Las músicas escojidas,  
Y los banquetes y bailes  
Se suceden á porfía.  
Con tan solemnes obsequios  
Los vasallos se fatigan,  
Por templar de su monarca  
La mortal melancolía.  
Mas todo recurso es vano;  
Desde que violó á Florinda,  
Remordimientos crueles  
Su corazón martirizan;  
Que tales son los efectos  
Y tan amargo el acibar,  
Que de un amor criminoso  
Dejan las dulces delicias.  
Desde tan infausta hora  
Todo á Rodrigo contrista,  
Todo la congoja aumenta,  
Que su ánimo atosiga.  
Desventurado! Enmudecen  
Las públicas alegrías,  
Y la tristeza y espanto  
En su corte al par se fijan.  
El sol de luto se viste,  
Velando la luz divina  
De su refulgente disco  
Con mil sombras denegridas.  
Un aterrador cometa,  
Agorero de desdichas,  
Hacia la Iberia azorada  
Su cola estiende maligna.  
El Tajo brama furioso,  
Y en diluvial avenida  
Los afanes y esperanzas  
Del labrador aniquila.  
La tierra una vez y otra,  
Del huracán sacudida,  
Retiembla, y por todas partes  
Abrense profundas simas.  
Con funerales acentos,  
De oculta fuerza impelida,  
Suenan la campana bronca  
De encantada torre antigua.  
Ensangrentados espectros  
Cruzan la región vacía,  
Fieros entre sí lidiando,  
Cuando Febo opaco brilla:  
Mientras en gótico alcázar  
Férreas cadenas rechinan,  
Arrastradas por fantasmas,  
Que á la aurora se disipan:  
En misterioso palacio  
Con sangre reciente escritas.  
Cien fatídicas leyendas  
Luto y muerte vaticinan.  
Cuando rara vez Morfeo  
Los ojos del rey visita,  
Lúgubres visiones turban  
Su exaltada fantasía:  
Y al saltar del triste lecho  
Le persiguen y horrorizan,  
Gimiendo por los salones  
Mil voces desconocidas.  
«Qué fatal ¡ay! es mi estrella!  
«Dios mío, ¿qué pronostican  
«Tan portentosos prodigios  
«Repetidos cada día?  
«Miseró yo! Por qué al trono  
«Me alzó mi suerte enemiga,  
«Para ser el rey postrero  
«De la goda monarquía!  
«Antes de verte mis ojos,  
«Dulce patria, destruida,  
«Sepúltame bondadosa  
«La parca en la tumba fría.»  
En tanto á solas Rodrigo  
Así doliente suspira,  
Suenan el clarín de Mavorte  
En el Asia y en la Libia.  
Al hélico acento se arman  
Cuántas naciones vencidas  
Se prorrueban en silencio  
Ante el supremo Califa.





En la industriosa Damasco  
Arden las forjas continas  
Como las que Mongibelo  
En sus entrañas abriga.  
Cuantos lucientes arados  
Del mar helado á la India  
Rompian la dura tierra,  
Se convierten en cuchillas.  
Los montes antes poblados  
De altos abetos y encinas,  
Son llanos do hacer su nido  
No pueden las avecillas,  
Nada la segur perdona:  
En las venerandas cimas  
Del Libano ya se ceba  
Asilo del Maronita.  
Mil y mil añosos cedros  
Yacen, su copa abatida  
Por el suelo, que del hombre  
Vieron la edad primitiva.  
Las pomposas arboledas  
Que ayer con su sombra amiga  
Al viajero convidaron,  
Hoy son ya flotantes quillas.  
Por el líquido elemento  
Blandamente se deslizan,  
Siguiendo á Tarif el bravo  
Que en la capitana gufa.  
Súbito en la popa ondea  
La bandera guarnecida  
De oro y perlas, que el caudillo  
Estragera de Medina.  
Todos al verla prometen  
Con ruidosa gritaría  
En la capital plantarla  
De las iberas provincias.  
De añafites y atabales  
Desacordada armonía,  
Al punto marcial sonando  
En las lejanas orillas.  
Bajo la armada las ondas  
Desparecen á la vista,  
Y entre los naos se descubre  
La espuma leve movida.  
Vuelan á merced del viento,  
Que los línos manso líncha,  
Sin que el esclavo robusto  
Del grave remo se sirva.  
La estación de primavera,  
La serenidad tranquila,  
El sol, que fúlgido asoma

Todo á navegar convida.  
Desde la elevada gavia  
Ya el grumete no divisa  
Del abandonado puerto  
Las atalayas erguidas.  
Sigue el viento favorable,  
Y al par de Utica arriban,  
Do veneran de Caton  
Las respetables cenizas.  
No lejos de su sepulcro  
La vasta llanada admiran,  
Donde floreció de Roma  
La poderosa enemiga.  
Salir una voz parece  
Diciendo de entre sus ruinas:  
»Cayó Cartago: tan solo  
»Queda ya su nombradía.»  
Abismados en silencio  
Dejando aquellas reliquias  
De la mundanal grandeza,  
Siguen la marcha y respiran.  
Hacia las iberas playas  
Con ansiedad se aproximan,  
Y en espectacion se pone  
Toda la escuadra á porfia,  
Cuando por fin á lo lejos  
Descubren el alta cima  
Del majestuoso Calpe  
Que el horizonte domina.  
Muy menos rápido sigue,  
Cuando Jove el rayo vibra  
El horrisono estampido,  
Que retumbando horroriza;  
Que entonces la estrepitosa  
Y discorde vocería,  
»Iberia, Iberia» atronando  
De Neptuno la manida,  
Cual asoladora nube  
De edad langosta, que priva  
Al esplendoroso Febo  
Ostentar su luz benigna,  
Entre confusa algazara  
De aclamaciones y vivas,  
De sus naves á la arena  
Arrojase la morisma.  
Treme conmovido el suelo...  
¡Mas quien podrá, patria mia,  
Recordar sin congojarle  
Tus posteriores desdichas, t

GASPAR SERRANO.

